

ARTHUR J. O. ANDERSON
1907-1996

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Recordaré lo que hace poco más de un año me dijo Arthur J. O. Anderson cuando lo vi por última vez en su casa de San Diego, California. Hablábamos de los trabajos en que entonces se ocupaba. Le pregunté por su salud y su edad. Su respuesta fue que tenía 88 años y se sentía bastante bien. Añadí luego: ¿Arturo, hasta cuándo seguirás traduciendo textos del náhuatl y escribiendo sobre la cultura del México antiguo? Se me quedó viendo y con suave sonrisa, palabra pausada y en perfecto español, me contestó: “Seguiré como Sahagún, hasta que yo muera”.

Así fue. Arturo —como lo llamábamos con cariño sus amigos mexicanos— continuó trabajando con mente lúcida y ejemplar profesionalismo hasta muy poco tiempo antes de su muerte, acaecida en esa misma ciudad el 3 de junio de este 1996. Como Sahagún, tuvo él larga y fecunda existencia. Fray Bernardino mucho de cuya obra rescató, sobrepasó los 90 años; Arturo casi llegó a los 89.

Nacido en Phoenix, Arizona, el 26 de noviembre de 1907, su destino lo vinculó bien pronto con México. Pasó la mayor parte de su niñez y temprana juventud en Guadalajara, Jalisco, a donde se habían trasladado sus padres. Habiendo terminado allí su primaria y parte de la secundaria, concluyó ésta de regreso ya en los Estados Unidos. Atraído desde joven por la antropología, recordó en otra ocasión que fue en el San Diego Museum of Man donde comenzó a despertarse en él la que fue su vocación y entrega total de su vida. Arturo estudió luego en el San Diego State College, en el Claremont College, en San Diego State University y en la Universidad de Nuevo México, en Albuquerque. Allí obtuvo el doctorado en antropología.

A partir de entonces, Arturo distribuyó su tiempo en la docencia, la investigación y la preparación de manuscritos propios, y también otros ajenos, para ser impresos. Laboró así en centros académicos como la Eastern New Mexico University, el Navajo Ceremonial Art

Museum, el Museo de Nuevo México, en Santa Fe, la School of American Research, en la misma ciudad, y la San Diego State University, donde había realizado parte de sus estudios. Interesa notar además que Arturo, cuando se retiró ya de sus actividades docentes, prosigió encaminado a otros que se sentían atraídos por el legado cultural náhuatl. Entre los que estuvieron así, de diversas formas, cerca de él puede citarse a Henry B. Nicholson, Norma B. Mikkelson, James Lockhart, Frances F. Berdan, Susan Schroeder, Eloise Quiñones Keber, Stafford Poole y Barry D. Sell.

Amigos mexicanos y de otros países tuvo muchos, en su gran mayoría colegas interesados en la lengua y cultura nahuas. Apreciaba de modo muy especial al padre Ángel María Garibay K. En sus viajes a México, acudía a verlo para hacerle consultas o conversar sobre temas de común interés; también se mantuvo en frecuente relación con Wigberto Jiménez Moreno, Alfonso Caso, Fernando Horcasitas, Pedro Carrasco, Alfredo López Austin y quien esto escribe.

Sin disminuir la significación de los lazos de amistad y profesión que lo acercaron a estos y otros estudiosos, es del todo cierto que el colega con quien mayores intercambios tuvo fue Charles E. Dibble. Con él llevó a buen puerto la magna empresa de paleografiar y traducir la totalidad del *Códice Florentino*, tarea en la que juntos colaboraron desde 1947 hasta 1982.

Arturo nos ha dejado un rico legado en las obras que publicó. Además de los doce volúmenes del *Florentino*, precedido de valiosos estudios que aparecieron a modo de introducción, escribió numerosos artículos en revistas, tanto especializadas como de divulgación, y editó un conjunto muy grande de obras y textos en náhuatl de diversas procedencias. En su bibliografía se registran nueve artículos aparecidos en estos *Estudios de Cultura Náhuatl*, los dos últimos intitolados "Los Primeros Memoriales y el *Códice Florentino*" (vol. 24, 1994) y, en colaboración con Barry D. Sell, "So that it may come to the attention of all the Indians. An eighteenth-Century Sermon on the Virgin of Guadalupe and Juan Diego" (vol. 25, 1995). Otras prestigiadas revistas, en las que fue también colaborador, son *New Mexico Historical Review*, *Revista Geográfica Española*, *Western Humanities Review*, *New Scholar*, *San Diego Museum of Man Papers*, así como en las *Memorias de los Congresos de Americanistas* y en varias obras con participación de otros investigadores. Sus artículos de divulgación, muy bien logrados, están incluidos principalmente en la revista del Museum of Navajo Ceremonial Art, *El Palacio*, que él mismo dirigió durante varios años.

Volviendo ahora la atención a los libros que sacó a la luz, me



ARTHUR J. O. ANDERSON

referiré a los de mayor significación, además, por supuesto, de su magna edición del *Florentino*. Lugar especial ocupa el rescate que hizo de la *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario*, por Francisco Xavier Clavijero. Originalmente presentó esta obra en inglés (1973) haciendo adaptación de ella y acompañándola de otro volumen de *Exercises* para utilidad de quienes desean estudiar el náhuatl. El texto en español, dispuesto por él, lo publicamos en la serie de Monografías (16), del Seminario de Cultura Náhuatl, UNAM.

Con James Lockhart y Frances Berdan, inició Arturo la publicación con versiones al inglés de importantes textos nahuas sobre asuntos novohispanos. Como ya lo habían hecho en México algunos investigadores, entre ellos Garibay, Horcasitas y otros, puso también de relieve nuestro admirado Arturo el valor testimonial de estos documentos. Recordaré los títulos con que fueron publicados: *Beyond the codices: the Nahua View of Colonial México* (1976); y *The Tlaxcalan Actas* (1986).

La mayor parte de las otras obras que editó están relacionadas con las aportaciones de Bernardino de Sahagún. Tal fue el caso de *The War of Conquest: How it was Waged here in Mexico. The Aztec's own Story as Given to Fray Bernardino de Sahagún* (1978), en que vuelve a presentar el texto del libro XII del *Florentino*, principal fuente de la que hemos llamado *Visión de los vencidos*. Dos aportaciones, fundamentales, fueron luego dar el texto náhuatl con versión al inglés de la *Psalmódia Christiana* (1993) y *Adiciones, Apéndice a la Postilla y Ejercicio cotidiano*, con textos inéditos de Sahagún. Esta obra apareció incluida en la Serie de facsímiles de lingüística y filología nahuas (6), editada por nuestro Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, en 1993. Como puede verse, la relación de Arturo con nosotros ha sido muy grande y permanente a través de los años, desde 1960 hasta 1996, aun cuando antes tanto el doctor Garibay como yo nos manteníamos en frecuente contacto con él.

Mencionaré que en los últimos años Arturo estuvo ocupado en la revisión y completamiento de la traducción al inglés de los *Primeros Memoriales* de Sahagún, que dejó inconclusa Thelma D. Sullivan, antigua alumna del Seminario de Cultura Náhuatl. El trabajo de Arturo está en prensa para ser publicado por Oklahoma University Press. Participó también él en el proyecto de Susan Schroeder acerca de las obras de Chimalpain. Su contribución, según entiendo con la colaboración de Barry D. Sell, abarcó dos volúmenes del que se ha bautizado como *Codex Chimalpain*.

Lo que he recordado tan suscitadamente muestra cuán grande y fructuosa fue la actividad de Arturo. Respecto de la magna edición

que, con Charles E. Dibble dispuso del *Códice Florentino*, existen no pocos comentarios y reseñas. Lo único que expresaré aquí es que en tal realización tenemos un ejemplo que debemos imitar. Me refiero a la necesidad de llegar a tener una versión completa al español de los textos en náhuatl del *Florentino*, cotejados y completados con los de los *Códices Matritenses* del mismo fray Bernardino.

Es grato recordar que Arturo y Charles E. Dibble tuvieron el reconocimiento de los gobiernos de los dos países con que guardaban estrecha relación sus trabajos: México y España. El primero les otorgó en 1981, en la ciudad de México, la condecoración de Comandantes de la Orden del Águila Azteca: el segundo, la de Caballero de la Orden de Isabel la Católica, en el consulado de España en la ciudad de Los Angeles, California, en 1984.

Traer a la memoria la vida y la obra de Arthur J. O. Anderson mueve a expresar, con el sentimiento más hondo del corazón, lo que nos ha significado su muerte. Cumplió él cabalmente lo que dijo: "Seguiré como Sahagún hasta que yo muera". En sus casi 89 años de fecunda existencia mucho es lo que realizó con profesionalismo y amor por lo que hacía. Fue él un auténtico *scholar*, un *tlamatiní*, sabio maestro y colega admirado. Persona de fino trato, que no conoció la envidia ni el odio, amigo generoso, hombre excepcional que compartió su vida con Christine su esposa, haciendo aportación a la cultura de México y también en verdad a la universal. Descanse en paz.